

## Contribución al Estudio de la Historia de Roma

POR

**Rafael J. Bruno**

Solamente los ciudadanos daban soldados a las legiones, de manera que con el aumentar de las guerras, fué menester aumentar también el número de aquéllos. En las guerras civiles, luchando Romanos en contra de Romanos, fácilmente el número de éstos podía ser superado por los auxiliares, por lo que se extendió el derecho de ciudadanía. Como la plebe pedía participación en los derechos de la nobleza y en las compensaciones externas, así los conquistados querían la ciudadanía, igual que los conquistadores, de quienes no se sentían inferiores en armas y en civilización; y efectivamente casi toda Italia consiguió ese derecho; después también muchas provincias. De tal manera el número de los ciudadanos aumentó nueve décimos en veinticuatro años. Entonces no fué necesario reclutar libertos y esclavos, como se había hecho después de Sylla, gente no interesada en conservar el orden establecido, y por eso siempre dispuesta a sublevarse, y que no se apaciguaba sino con dádivas corruptoras, infectando con bandas al imperio si no se las daban. Desaparecida al terminar el guerrero la necesidad de reparar violentamente la población perdida. Augusto se mostró más parco en conceder la ciudadanía y la manumisión de los esclavos. Además, cambió las condiciones requeridas para poder ser inscripto en los registros del censo; y en el censo del cuarto año de J. C. no se comprendieron los ciudadanos ausentes de Italia o que no disfrutasen de un patrimonio mínimo de doscientos mil sextercios.

Estos últimos, aunque anotados en el primer censo, no podían ocupar ninguna magistratura, formando así una clase media para debilitar el poder de la muchedumbre, disminuir el número de los candidatos y el tumulto de los comicios.

Sobre la población de Roma las opiniones no coinciden; hay quien le asigna hasta catorce millones, los más moderados se limitan a cuatro. Sin embargo, sabemos que, por consideraciones religiosas, la ciudad se extendía muy poco afuera de la explanada de la primitiva; y que aun después de la ampliación de Aureliano, no era más vasta de la odierna comprendida en un perímetro de 18.202 metros. Es cierto también que muchos barrios quedaban afuera del perímetro, que las calles eran por demás angostas, al punto de no poderse salvar de las ruinas, ni prestar socorro en los incendios; se levantaban también las casas a alturas que, en aquel tiempo, se podían llamar fantásticas, aunque Augusto hubiese prohibido de exceder los setenta pies (20 metros, más o menos); pero en el catastro levantado por Teodosio se hallan anotadas 48.382 casas, lo que no nos permite creer en aquella población fantástica, pero tampoco nos ayuda para determinar la verdad.

Para asegurar el alimento a tanta gente y mantenerla quieta, adquirieron importancia dos funcionarios, los prefectos de la ciudad y de la anona. Redujo a doscientos mil los ciudadanos alimentados por el erario, mientras antes de César eran trescientos veinte mil; además distribuyó a lo menos cinco veces dinero, nunca menos de doscientos, ni más de cuatrocientos sextercios, y como estaban comprendidos los niños mayores de once años, los beneficios llegaban a caso doscientos cincuenta mil”.

En el censo del año 752 cada individuo fué anotado en el lugar de su nacimiento, según el uso establecido en el censo de L. Postumio, y se tuvieron 450.000 habitantes, comprendidos los 100.000 de los suburbios. Varias numeraciones se hicieron de los ciudadanos romanos y de aquellos que en las varias partes del imperio gozaban de la ciudadanía romana, y la primera que se hizo después de la derrota de Antonio el año 726, dió la cifra de 4.173.000 ciudadanos superiores a los 17 años. Esta cifra subió en 746 a 4.223.000.

La ley Julia del 736 tenía por objeto el fomentar los matrimonios, disminuyendo la frecuencia del celibato que mucho preocupaba a Augusto. Esta ley, que se llamó *de maritandis ordinibus*, fué la primera de las varias que dictó Augusto, tendientes a la conservación de la familia y al incremento de la población, instituyendo un

verdadero *Jus liberorum* (derecho de los hijos); estas son las famosas leyes demográficas de Augusto que, como la ley Papia Popena; miraban no solamente a la conservación de la familia y a la morigeración de las costumbres, sino también al incremento de la natalidad; y quizá, me atrevería a creer, a esta última finalidad casi exclusivamente o más directamente. Esta suposición mía está avalorada por los episodios que paso a relatar: era el duodécimo consulado de Augusto, cuando tenía por colega a Lucio Sylva; y el 11 de abril de aquel año V antes de J. C., subía al Capitolio como un Pontífice o un triunfador, un *ingenuus* plebeyo, de Fiesole, con ocho hijos, seis varones y dos mujeres, veintisiete nietos varones, diez y nueve bisnietos varones y ocho nietas.

*Praelata o prolata pompa*, (con espléndido acompañamiento), escribe Plinio en el VII libro de su *Naturalis Historia*. Con todos estos, *cum omnibus his*, C. Crispino Ilaro, *ex ingenua plebe Foesulana*, sacrificó a la divinidad: *in Capitolio immolasse*. Plinio dice haber leído este acto en el diario oficial, *in actis*, del tiempo del divino Augusto, *temporum divi Augusti*. Y algún año antes, como narra Suetonio, en público espectáculo a los *equites*, a los caballeros, que *pertinaciter*, con tenacidad, pedían la revocación de la ley de *maritandis ordinibus*, Augusto mismo había indicado el ejemplo de Germánico llamando en su alrededor los hijos de aquél que se colocaron parte junto a él y parte en los brazos de su padre; y con el gesto y con el rostro había significado que no les debía parecer gravoso imitar el ejemplo del joven sobrino; *ne graverentur imitari juvenis exemplum*.

Estos dos episodios que nos han transmitido Plinio y Suetonio, hablan muy claro sobre las intenciones de Augusto, de proteger especialmente el incremento de la natalidad y, por lo tanto, el aumento de la población.

Tácito, en el sexto consulado de Augusto, el año 28 a. J. C., alude ya al movimiento por él promovido para vigorizar la relajada disciplina de las costumbres; y algún historiador moderno cree que a la probable revocación de la ley de *Maritandis ordinibus*, se refiere Propertio cuando dice a su Cincia: seguramente deber haber gozado al anuncio de la revocación (*sublatio*) de la ley que cuan-

do fué publicada (edicta) a ambos nos hizo llorar largamente (*fle-mus uterque diu*).

Todo hombre de Estado sabe que la grandeza de una nación descansa en buena parte en su creciente, constante y floreciente población y que su potencia está en relación directa con su desarrollo demográfico.

Y Augusto dice en sus *Res gestae*: “con mis leyes volví a llamar en honor muchos ejemplos transmitídonos por nuestros mayores que se habían olvidado; y yo mismo confié a la posteridad muchas cosas que deben imitarse”. *Exempla maiorum exolescentia - exempla imitanda posteris - legibus novis*. Son palabras que se leen claramente en aquel *Monumentum Ancyranum* que con justa razón se ha llamado “la reina de las inscripciones”. Allí habla Augusto; y habla de las nuevas leyes después de haber recordado los tres censos (*censum populi o lustrum civium Romanorum*, como allí se dice) del 28 a. J. C. y del 14 d. J. C. Habían transcurrido 41 años sin que el censo - *lustrum se verificase*. Entre el 70 y el 69 a. J. C. los Censores Galio y Gneo Léntulo habían efectuado el último censo. Augusto volvió a la tradición; y sus censos dieron la primera vez 4.063.000 ciudadanos; la segunda, 4.233.000; la tercera, 4.937.000. Entre el 28 a. J. C. y el 14 d. J. C. hubo un aumento de 874.000 ciudadanos romanos. Cicerón había escrito en su tratado *de legibus*: “*Censores... coelibes esse prohibendo*”; y la antigua constitución romana revivía en estas palabras: los censores prohibían el celibato. Aulo Gelio recuerda que era obligación de los antiguos censores el hacer jurar a los ciudadanos que se casaban para tener hijos, juramento que era *sacramentum*. Y Festo anota que Enio hacía decir a una matrona; *duxit me uxorem liberorum sibi quaesundum gratia*: se casó para tener hijos.

El mismo Gelio nos ha conservado un fragmento de un discurso que hizo el censor Quinto Cecilio Metelo, *de prole augenda*, en favor del incremento de la natalidad; y este discurso *de prole augenda* fué recitado, como narra Suetonio, por el mismo Augusto en el Senado y comunicado al pueblo *per edictum*.

Era obligación de los hombres entre los 25 y 60 años y de las mujeres entre los 20 y 50 años de contraer matrimonio, y por la

La *Lex Julia* la mujer viuda debía casarse en segundas nupcias después de un año de la muerte del marido o seis meses después del divorcio. La ley Julia, con esta disposición, respetaba una antigua tradición religiosa y jurídica del año necesario para evitar la *turbatio sanguinis*, pero la ley Papia elevó los términos por la legitimidad de las segundas nupcias a dos años después de la muerte del marido y a diez y ocho meses después del divorcio.

El tener prole numerosa daba derecho a privilegios en la ocupación de cargos públicos y sucedió el caso de que, debiéndose nombrar pretor en lugar de Vipsiano Galo, que había dejado de existir, hubo disenso: la mayoría insistía para que, como lo ordenaba la ley, prevaleciese el candidato que tenía prole más numerosa. Era esta condición indispensable para salir triunfante en los comicios y Tácito escribe al respecto: "Aproximándose los comicios o el sorteo de las provincias, muchos candidatos que no tenían hijos se los buscaban con falsas adopciones y rivalizaban con los padres verdaderos para conseguir pretorías y provincias, y una vez conseguido su intento, de inmediato dejaban libres a los que habían adoptado. Resentidos los padres verdaderos se presentan al Senado y hacen relevar, a más de los derechos de natura, cuanto cueste la educación de los hijos: cosa muy distinta de aquellas adopciones fraudulentas, artificiosas y temporarias". Después de otras consideraciones sobre el mismo argumento, sigue: "A consecuencia de este reclamo, el Senado dictó un decreto estableciendo que la adopción simulada no abría las puertas a ningún cargo en la administración pública y tampoco facilitaba para recibir herencias".

El cónsul que tuviese esposa e hijos gozaba de la precedencia en asumir los fascas; los candidatos a las magistraturas podían conseguirlas tantos años antes de la edad legal, cuantos eran los hijos que tenían, y en el reemplazo de los magistrados muertos desempeñando cargos en la ciudad o en la administración de las provincias, el número de los hijos daba motivo a preferencia.

¿Todas las leyes Augústeas y los diferentes decretos senatoriales que he mencionado no tendían, acaso, a un mismo fin?

¿No miraban a la felicidad y grandeza de Roma con propender al aumento constante de su población?

Sin embargo, los príncipes que sucedieron al gran Emperador, lejos de confirmar aquellas leyes y decretos, los revocaron y condenaron; condenaron las leyes demográficas de Augusto como violadoras de la libertad! Y entre ellos, Justiniano; que, como se lee al tratar de los fideicomisos, tendía a superar a Augusto como legislador; *nos eundem principem superare contendentes*. Y lo superó, porque en su nombre y en su obra, el derecho de Roma se convirtió en ley universal para todas las gentes: desde las leyes de las XII tablas a aquellos digestos que él dió valor y carácter legislativos.

Ultimamente, festejándose en Roma el bimilenario del nacimiento de Augusto, se inauguró una muestra relacionada con el nombre y la obra del emperador; en la sala XX de la misma se hallaban los calcos de los principales textos legislativos, y entre ellos, la reproducción *caligráfica*, se dijo, de las palabras de las leyes demográficas de Augusto que en el digesto justiniano se aseguran transcriptas por Ulpiano y Paulo. En la misma reproducción de Carlos Jorge Bruns, afirma Felipe Stella Maranca en su libro: *Le leggi demografiche di Augusto*, de donde he sacado estas noticias, que, a su vez, se remite a los escritos de Demelius y de Den Tex, y a las obras de Godofredo y de Heinecio, quien entre los modernos juriconsultos fué el más docto comentarista de las leyes Julias y Papia Popea. Estas obras enseñan con cuánto interés conviene buscar aquellos documentos históricos que indican cómo deben distinguirse entre las innumerables disposiciones legislativas, transmitidas por las Pandectas de Justiniano y por cuantos estudiaron Roma en su historia, aquellos documentos que poseen la marca verdadera de Roma y que de Roma poseen la eternidad.

Entre ellos, sin discusión alguna, están en primer término las leyes demográficas y matrimoniales de Augusto.

Es cierto que las costumbres se hallaban relajadas y que ese relajamiento empezaba de la misma familia imperial, y seguramente alguien habrá recordado la amnestación de Horacio: *¿Quid leyes? Sine moribus vanae proficiunt*. ¿A qué sirven las leyes? Ellas resultan vanas si las costumbres están relajadas.

No del todo, me parece, tiene razón el poeta, pero tampoco puede negarse que en un ambiente corrompido las leyes tendientes a es-

tablecer una perfecta moral, no siempre resultan de positiva eficacia.

Y no estaría de más, hoy, que la sociedad y la familia no descansan, por cierto, sobre un firme pedestal de bien entendida moral, recordar aquel lejano once de abril del año V antes de Jesucristo y aquel *imperium* de Roma que está fundado sobre la justicia de sus leyes y sobre las antiguas tradiciones itálicas; cuya observancia asegurada más por las costumbres que por los preceptos, fué, es y será siempre verdadera y lealmente honrada por aquella parte del pueblo que Josué Carducci representaba como la *corriente primavera de la vida* y que avanzando siempre en su tan noble oficio, parece aun hoy estar representada por el plebeyo de Fiesole que, como si fuera un Pontífice o un triunfador, en los tiempos de Augusto, subía con toda su familia al Capitolio.

Esta digresión no está del todo fuera de lugar por cuanto conserva relación estricta con la época y ambiente en que vivimos y con la materia, objeto de mi estudio al tratar las causas que contribuyeron al aumento y disminución de la población de Roma desde su fundación hasta nuestros días.

Durante el imperio de Augusto, dice Dión, el Tiber había inundado dos veces la ciudad: la primera, en 730 y la segunda en 756, convirtiéndola en ciudad navegable durante siete días.

Enfermedades contagiosas, dos carestías y varios terremotos hubo en diversas épocas. Se luchó con los Partos y los Germanos, los más inquietos y peligrosos vecinos del imperio, y en 760 fué memorable la matanza de Varo y de sus tres legiones con casi 50.000 hombres, en la Selva Teutoburga, obra de los Germanos guiados por su jefe Arminio.

Reformado el pueblo romano, establecidas colonias en España y Galia, engrandecida Roma, protegidas las artes, las letras, las ciencias, con la pena de dejar el trono a un heredero elegido por fuerza y de índole perversa, y talvez hasta envenenado por su esposa Livia, moría el fundador de la más grande monarquía que el mundo haya visto. Le sucedió Tiberio; el horror excitado por sus delitos fué causa en parte del olvido que cubrió por largo tiempo, las no pocas empresas guerreras y los sabios actos administrativos del tirano.

Llegados a este punto de la historia romana, el censo, objeto principal de nuestras investigaciones, no es posible hallarlo, y esto porque, como dijo Tiberio, *había pasado su tiempo*. Por lo tanto, podría no mencionarse en la historia de todo el imperio romano, no teniendo ningún otro dato que nos permita sacar noticias del movimiento de la población de la metrópoli del mundo. No obstante, indicaremos rápidamente aquellos hechos que, por sus causas o por sus efectos, se relacionen más íntimamente con la ciudad de Roma, y que, si no nos suministran cifras para agregar a las muchas otras reunidas, nos hacen ver, por lo menos, las vicisitudes a través de las cuáles el pueblo romano llegó al máximo de su decadencia, y de allí poder deducir criterios a falta de números.

Asesinado el insano Calígula que sucedió a Tiberio, después de una vana tentativa para restablecer la república, fué electo Claudio, otro emperador sobre quien, como Tiberio, la historia se ha pronunciado en forma diversa. Entre las grandes obras de utilidad pública, de las que algunas, no obstante la voracidad del tiempo, han llegado hasta nosotros, restableció el censo. Pero las condiciones sociales habían sufrido un cambio radical; los elementos extranjeros llegados a Roma se hallaban en proporciones enormes.

Como consecuencia resultó una mezcla de la raza romana y los cuatro millones de ciudadanos romanos de los tiempos de Augusto aumentaron a siete millones durante el gobierno de Claudio, por causa de la manumisión de los esclavos, favorecida por la delación. Pero esta es siempre la cifra de los ciudadanos romanos esparcidos por todo el imperio y no la de la ciudad de Roma.

Continuaba la guerra con los bárbaros que por intervalo se suspendía y renacía. Gobernando Nerón, una pestilencia mató 30.000 personas en Roma el año 66 d. J. C. y un incendio que duró nueve días destruyó tres de los catorce barrios de la ciudad y dañó enormemente otros siete.

A la muerte de este cruel tirano, estalló una sublevación en las provincias que llevó a la guerra civil; el imperio se conmovió y no se repuso en su unidad sino después de una guerra exterminadora librada en Italia y en la misma Roma.

En pocos meses asesinaron tres emperadores (Galba, Otón



y Vitelio), cuyas muertes violentas fueron obra de las conjuraciones. Los emperadores los elegían las legiones, y quien primero llegaba a Roma, entre los tantos electos, era reconocido por el servil y despreciable Senado, y si disponía de suficiente ejército y dinero, vencía a los demás pretendientes y subía al trono, libre de satisfacer a su genio tiránico, pues ni el pueblo, ni el Senado tenían el coraje y la virtud suficientes para oponerse. Proscripciones y matanzas, el exterminio, en fin, de los enemigos es el último acto del ceremonial para la exaltación al trono de cada emperador. La disciplina militar se había trucidado en licencia, el carácter de la guerra transformado, el legionario republicano, ya legendario, se ha substituído por dos tipos diferentes de soldado, el pretoriano o representante de la prepotencia militar más aborrecida, y el nuevo legionario o el soldado de profesión: ambos instrumentos del absolutismo, toman ellos gran parte en los acontecimientos del imperio.

No obstante, hubo en la serie tristes y buenos emperadores, pero la acción de estos últimos era siempre neutralizada por el des-gobierno de los sucesores.

Una pestilencia en Italia y un incendio en Roma durante el gobierno del óptimo Tito despobló la región.

Hay noticia de una peste que en un solo día mató en Roma a 10.000 personas. Numerosas legiones tenían residencia perpetua en los límites septentrionales y orientales del imperio, en donde se combatía casi continuamente y muchas veces con mal resultado. Trajano, el primer emperador extranjero, luchó felizmente con los Dacios, los Partos y los Germanos; Adriano estableció numerosas colonias en la Galia; hubo bajo Marco Aurelio, inundaciones, terremotos, pestilencias, carestías y luchas terribles en contra de los Partos y de los Germanos, y hubo sublevaciones generales de provincias. Este último emperador reparó muchas calamidades, venció a los enemigos y gobernó sabiamente, dejando de su gobierno y de su nombre memoria imperecedera en la historia. Le sucedió Cómodo, tirano que por su feroz naturaleza hace casi olvidar a Nerón, durante su gobierno hubo una carestía y una pestilencia que diezmo

en Roma la población ya bastante oprimida por el yugo insoportable de su inhumano gobierno.

Con Didio Juliano el imperio fué puesto en subasta por los pretorianos; hubo una revolución; y salió vencedor en la lucha entre los pretendientes, Septimio Severo, quien domó después una insurrección en Bretaña y venció a los Partos.

A Septimio Severo sucedió Caracala quien, el año 212 de J. C., concedió la ciudadanía romana a todos los habitantes libres del imperio, que contaba entonces más de 100 millones de súbditos. Otra terrible pestilencia hubo bajo Valeriano y el imperio estaba por derrumbarse totalmente y se hubiera derrumbado si Aureliano con su valor en las armas y con su prudencia en el gobierno, no lo hubiese salvado y prolongado la existencia por más de un siglo.

Este *paisano del Danubio*, como lo llama Ampére, venció a los Godos, cedió la Dacia por necesidad y con fin político, y consolidó en el Danubio la frontera del Estado.

Circundó Roma de nuevos muros para asegurarla de la invasión de los bárbaros, con una cinta larga 15 kilómetros según algunos y según otros, más acertados, de 18 kilómetros, comprendiendo un área de 1396 hectáreas comprendidos los suburbios y dejando afuera, según Gregorovius, una parte de la región transiberina. Obtuvo victorias en Galia y en Oriente en contra de Victorina y Zenobia respectivamente, reconquistando para el imperio las provincias gobernadas por estas dos reinas.

Es opinión de varios eruditos, pero exagerada, la creencia que la población de Roma era entonces de varios millones de habitantes. Según cálculos fundados entre los más recientes se estableció que Roma imperial tenía no menos de 1.245.000 habitantes libres y 800.000 esclavos, lo que daba en todo una población de 2.045.000 individuos. Sin embargo, un censo efectuado bajo Aureliano, asigna a Roma no más de 400.000 habitantes en aquella época. A la muerte de este emperador hubo ocho meses de interregno. Los Escitas, otros bárbaros, invadieron el imperio bajo Tácito y Floriano, y sublevaciones y pestilencias e irrupciones hubo después. Con Diocleciano empezó el imperio administrativo y la exaltación divina del principato romano. Por haberse asociado en el gobierno del imperio

a Maximiano y luego dos más llamados Césares, surgió la tetrarquía, degenerada después en anarquía y destruida por último por Constantino que, venciendo a Masencio cerca de Roma, transportó la sede del imperio a Bisancio.

Sucedan los hijos a Constantino y el imperio dura todavía hasta el año 395, época de la muerte de Teodosio el Grande. Empieza ahora rápidamente la decadencia por la división del imperio, y las irrupciones de los bárbaros empiezan su período.

Cada vez se hace más obscuro el tiempo para la historia, y mil dificultades se nos presentan para poder descubrir la verdad de los hechos y acontecimientos de esta triste época.

La lucha entre la civilización pagana y la cristiana, principiada casi con la iniciación del imperio, estaba por terminar; el cristianismo había pasado por la prueba del hierro y del fuego a través de más de diez persecuciones, y en una de ellas, bajo el Papa Marcelino (296 - 304), fueron asesinados, como afirma Platina en la vida de los Papas, 17.000 entre hombres y mujeres, en un solo mes.

La grandeza y la magnificencia reinaba en Roma antes que los bárbaros llegasen. Desde el año 41 al 54 de J. C., Roma dió asilo en sus muros al mayor número de habitantes que ciudad del mundo había tenido. Desde el trono de los Césares mandaba sobre dos terceras partes del mundo, Tiberio Druso Claudio; en el tiempo de este emperador, Roma, según algunos historiadores, talvez exagerando, contaba cinco millones de habitantes.

“Es de creer —escribe Crevier— que a la cantidad de los ciudadanos correspondiesen sus riquezas; y así puede argumentarse, porque, en el espacio de treinta años, habiendo sido Roma en gran parte destruída tres veces por incendios casuales, bajo Claudio, Nerón y Tito, siempre volvió a renacer más grandiosa que nunca en sus soberbios edificios”.

A Roma afluían forasteros de las más lejanas provincias; los ricos, atraídos por el esplendor de su fama, por la magnificencia de sus espectáculos, por la libertad de sus costumbres, iban a disipar sus tesoros; los pobres llegaban en multitud con la esperanza de enriquecerse; los artistas, porque Roma era dispensadora de fortuna

y de gloria; los aventureros, para explotar una porción de cosas excepcionalmente favorables.

Augusto, el año 752 de Roma, construyó el Foro que lleva su nombre, porque el Foro Romano y el otro de César no eran más suficientes a la cantidad de los juicios que en ellos se debían definir, dado el enorme aumento de la población romana.

No concuerdan las opiniones de los doctos acerca de la población de Roma bajo el Imperio; pero Tácito (lib. XI, Cap. 25) dice que en el censo efectuado por Claudio como censor, junto a Lucio Vitelio, el año de Roma 801 (48 de nuestra Era), fueron anctados *seis millones novecientos cuarenta y cuatro mil ciudadanos (condiditque Lustrum quo censa sunt civium LXIX centena XLIV millia)*, pero, insinúa Nibby, que en esta cifra no se sabe si a más de los nativos de Roma estaban comprendidos aquellos que gozaban de la ciudadanía romana. V. G. Beloch, en el *Bulletin de l'Institut International de Statistique*, vol. I, pág. 63 y siguientes, computa los habitantes de Roma a principios de la E. V. a 850.000. Nibby, *Roma antica*, v. I, pág. 207 y siguientes, fundándose sobre la consumación del trigo que se hacía en Roma a los tiempos de Augusto, calcula su población en cerca de dos millones de habitantes; y G. Fiorelli, en sus *Istituzioni di Antichità Romane*, pág. 142, escribe que en el censo efectuado en Roma el año 28 E. V. los ciudadanos anotados fueron 4.164.000.

Pero es justo observar que hasta los tiempos de Scutimio Severo, la población romana fué siempre aumentando; y si es cierto lo que escribe Vopiseo respecto a la inmensidad de los muros de Aureliano y lo que dice la *Notitia* que el Circo Máximo contenía 385.000 espectadores, y el Anfiteatro Flavio 87.000, y lo que escribe Casaubono en las notas a Esparciano, que bajo el imperio de Septimio Severo, en Roma se mantenían o socorrían por el Estado 600.000 indigentes, resulta positivo que en el tercer siglo de la E. V. la población de Roma debía ser mucho más superior a la calculada por Beloch, por Nibby y por Fiorelli.

No obstante, la tiranía, la arbitrariedad, la crueldad, substituían descaradamente a las leyes en todas las funciones del Estado; la vida de los ciudadanos se hallaba a merced del primer pretoriano

de mal humor. ¿Qué importa? Si no se moría, se vivía bien, y esto satisfacía en aquellos tiempos de máxima corrupción moral. La filosofía individualista, basada en la realización de las satisfacciones materiales, había conseguido un gran número de prosélitos entre los descendientes del altivo Camilo y del severo Catón. Cossa define Roma en los tiempos de Claudio: *maravillosa ergástula de esclavos*. La ciudad tenía 37 puertas y con los suburbios llegaba hasta el mar, a la Sabina y a la Etruria. Siete puentes había sobre el Tiber y 19 anchos acueductos la abastecían, y había además numerosos templos, baños públicos, circos, basílicas y teatros, entre los cuales basta nombrar el Máximo, capaz de contener a casi 400.000 espectadores; estaba dividida en 124 barrios, y 46.602 casas privadas y 1.780 palacios completaban la edificación de la ciudad.

La población llegaba, sino a cinco millones como pretenden algunos, de seguro a tres millones de individuos que, por las distintas calamidades sufridas, según Gregorovius, después de la división del imperio y durante el empobrecimiento, había descendido a 300.000 habitantes, cifra talvez demasiado grande en la época del sitio de Roma por Alarico.

Ese era el aspecto de la ciudad antes que cayese en poder de los Visigodos mandados por este bárbaro. Estilicón salvó dos veces a Roma del saqueo, en la primera invasión de Alarico y en la de Radagasio. La ciudad resistió cinco meses a la segunda invasión de Alarico, sufriendo hambre y tormentos en un sitio barbarísimo y traicionada por la entrega de puerta Salaria, entraron por allí los bárbaros el año 410 de J. C., incendiaron el barrio de aquel nombre y saquearon durante tres días la ciudad, llevándose después una multitud infinita de prisioneros romanos.

Se puede muy bien afirmar que durante los 45 años que transcurrieron después de la conquista de Roma por Alarico, la ciudad fué depauperada en más de 100.000 habitantes. Otro saqueo más terrible aún hubo en Roma el año 455 por obra de los vándalos de Genserico, que duró catorce días y fué efectuado con estragos, y muchísimos romanos reducidos a esclavitud y llevados al Africa.

Rómulo Augustulo, ironía de nombres e irrisión del destino, fué el último emperador de Occidente; elegido en 475 y caído en

476, cerró la serie de los emperadores que en número de 63 habían gobernado en Roma, después de 7 reyes y 483 pares de cónsules. Así concluía, 507 años después de la batalla de Ancio y 1229 *ab urbe condida*, el período del imperio.

Un proceso rápido de despoblación se inicia ahora, parecido, pero más intenso, al que se efectuó en Italia en los primeros siglos del Cristianismo.

En la época que coincide con los primeros siglos del Cristianismo, Italia se había despoblado en forma bastante alarmante. Especialmente las poblaciones rurales, y esto por varias razones atendibles; los campos quedaron abandonados a los esclavos o dejados sin cultivar, porque todos se sentían invadidos, como hoy, por la nostalgia de la ciudad, y además, por el deseo de trabajar lo menos posible y gozar más intensamente de la vida. Además, para explicarse la despoblación, en general, del territorio, es menester pensar en las continuas luchas internas, en las interminables enervantes guerras, y en el mismo y cada vez más ardiente conflicto entre el Paganismo y el Cristianismo, en las costumbres relajadas, en la muy difundida, aunque transitoria, comodidad de vida, en el deseo de no tener la molestia de los hijos, en la extrema y usual facilidad de los divorcios, que hacían sumamente débil el vínculo conyugal y, en fin, en varias y graves epidemias causadas probablemente, con prevalencia, por el afluir de emigraciones bárbaras, las que llegaban de todas partes del mundo conocido y se establecían en Italia o individualmente, o en pequeños grupos.

El despoblamiento debía existir sin duda en tiempos de Trajano si este emperador se vió en trance de emitir, en los primeros años del segundo siglo, una ordenanza que tendía a evitar los inconvenientes lamentados. Esta ordenanza constituye el primero y más antiguo paso hacia las legislaciones de todos los tiempos sucesivos, ideadas precisamente para favorecer el aumento de la natalidad.

Lo que Trajano deliberó ha quedado en los códigos de casi todo el mundo civil de nuestros tiempos, en algunos puntos perfeccionado, en otros amoldado a las exigencias de la época y del ambiente. Trajano fundó una caja especial para la distribución de sumas a favor de los padres no suficientemente provistos de medios económi-

cos, pero sí abundantemente provistos de hijos, según las condiciones locales y el estado económico de los que debían ser socorridos. A los hijos varones se les asignaba una suma mayor, sin distinción alguna, entre hijos legítimos y naturales; y establecido el principio, imitaron el ejemplo del previsor emperador no solamente los Municipios, sino también los ricos.

Y deberían imitarlo también las naciones modernas que se hallan en la triste condición de ver ahondarse la desnatalidad, como lo ha hecho Italia, que aún exuberante de población, instituyó hace años, premios para el incremento de los matrimonios y de la prole.

Apagado todo simulacro de potencia y desaparecido todo prestigio de fuerza de la capital de Occidente, menos el terror, que aún existía en Roma, a los bárbaros, se abre ahora, más vasto, el campo de las devastaciones, sitios y saqueos y a la acumulación de las ruinas y dispersión de gentes.

El año 472 la ciudad sufre tres sitios y a los tormentos del tercero se agregan el hambre y la peste y después de la toma los estragos y el saqueo.

Mientras Odoacre luchaba en el norte de Italia contra Teodorico, del 490 al 493, Roma había caído en la más grande miseria, extenuada por los horrores del hambre, por la peste y por una indigencia máxima. Un cisma que duró tres o cuatro años, manchó las calles de Roma, días y noches, con sangre de la gente asesinada. Hubo tregua y relativa paz entre los años 514 y 536 año en que Belisario, la expugnó; en 546, después de un sitio empezado el verano del año anterior, Tótila se apodera de la ciudad y la saquea.

Procopio narra que por el hambre y la guerra habían quedado en la ciudad solamente 500 hombres que, con duro trabajo, pudieron salvarse en los santuarios, habiendo los demás o salida de Roma o muerto por el hambre. Esto parece imposible y es preferible lo que afirma Gregorovius, que los 500 habría que decuplicarlos. Procopio agrega que Tótila llevó a los romanos en esclavitud a la Campania y Roma quedó desierta durante más de 40 días, de tal suerte que los animales vagaban libremente por las calles de la ciudad sin que se viese alma viviente. Una tercera parte de sus muros fueron demolidos. El año 547, Belisario se apodera nuevamente de la

ciudad, y nuevamente Tótila la expugna en 549 e igual cosa hace Narses el año 552 con el agregado de una matanza mayor de ciudadanos.

Concluída la guerra y con ella la dominación Goda, no es posible afirmar el número de los habitantes de Roma, pero según unos cálculos probables, llegarían alrededor de 50.000.

Poco más de 4.000.000 contaba entonces Italia y a una tercera parte más o menos suma el número de los ciudadanos muertos en las guerras por enfermedad y por hambre. Todo estaba en abandono y en gran número caían en ruina los monumentos.

Después de los Godos se abre el período papal de Roma; otras gentes debían llegar para pisotear el clásico suelo de la *Urbe* sin dejar siquiera traza de su paso y otra sangre debía bañar sus muros. Peste y hambre afligió a Italia en 575, y en 589 el Tiber inundó la ciudad destruyendo una parte, derrumbando con sus olas impetuosas templos y palacios y monumentos, y el año después otra terrible pestilencia seguida de miseria y hambre, convirtió nuevamente a Roma en un desierto. El Angel colocado sobre la Mole Adriana, recuerda este triste acontecimiento.

Luego fué sitiada también por los Lombardos de Agilulfo y el año 680 nuevamente la peste dejaba a Roma sin habitantes.

Astolfo la sitió el año 755 y obligado por Pipino el Breve, levantó el sitio.

Después de la muerte de Pablo I (757 - 767) hubo escenas terribles de violencia y de sangre durante dos años seguidos, y la lucha entre el Papado y la Aristocracia romana que ensangrentó Roma por mucho tiempo, inicia su curso.

Roma vuelve a ser inundada por el Tiber el año 791 y derribado el puente Antonino Pío que antiguamente se llamaba Sublicio.

Empieza con Carlomagno, el año 800, el imperio occidental que duró menos que el imperio romano, fué más débil, y murió de la misma muerte que aquél. En 846 hubo incursiones sarracenas que saquearon en Roma las Basílicas de San Pedro y San Pablo; se construyó entonces por orden de León IV, una cinta de muros con 15 torres entre el Aventino y el Janículo, para cerrar el paso del Tiber a las naves enemigas, y más tarde se levantó la ciudad Leo-



nina. Dos veces más, en un año, el Tiber inundó la ciudad, el 858 bajo el pontificado de Nicolás I.

En 876 hubo nuevas incursiones sarracenas y volvieron nuevamente el año 903 penetrando en la ciudad. Entretanto, luchas sediciosas atormentaban al pueblo romano y hacia el año 1000 saqueaba él mismo la ciudad.

El año 964, Otón I de Alemania sitia y toma Roma por hambre; en 966 hubo lucha civil disputándose el poder dos Papas, uno residente en el Castillo San Angel, y el otro en el palacio de Letrán. La ciudad era un laberinto de negros palacios sólidamente fortificados, y una selva de torres levantadas por todas partes, hacia el año 1063 servían de fortalezas a unas cuantas familias baronales que luchaban entre sí por el dominio de la ciudad papal.

Enrico IV sitia la ciudad dos veces el año 1082 y una tercera vez el año siguiente que toma la ciudad Leonina. Fueron casi tres años de sitio, prolongado por pestilencias y malaria. En mayo del año 1084 Roberto Guiscard, con sus Normandos, entra en Roma destruyéndola horriblemente con el saqueo, los estragos y los incendios, y sacrificando varios miles de habitantes, y ésta fué la primera devastación después que Tótila derribó los muros de la ciudad.

Otras guerras sostuvo Roma con las ciudades vecinas y otras numerosas víctimas hizo la discordia entre las poblaciones del antiguo Lacio. Bajo Inocencio III continúan las faceiones internas, y según cálculos que pueden darse por casi seguros, durante el primer año de este pontificado (1198), Roma contaba unos 35.000 habitantes. Bajo Honorio III, el 1227, un terrible terremoto ocasiona muchísimos daños a la ciudad y más aún a la campaña, en la que murieron 5.000 hombres.

Roma luchaba con Viterbo y en 1230 el Tiber inunda la ciudad Leontina y el campo de Marte. El año 1305, el francés Bertrando di Got fué elegido Pontífice, asumiendo el nombre de Clemente V (1305-1314), quien el año 1309 trasladó la sede papal a Aviñon, abandonando Roma a la más lastimosa lucha interna; luchaban familias contra familias, el pueblo contra los señores y los plebeyos entre sí. En 1348 hubo peste negra que desoló ciudad y campaña y no pocas localidades del estado Pontificio. Al iniciarse

el siglo XIV es inseguro el número de los habitantes de la ciudad y no es posible creer que en los tiempos de Gregorio XI (1370-1378) y más propiamente el año 1377 fuese de 17.000 como pretenden algunos; es cierto, sin embargo, que en esta época se llegó al máximo del decrecimiento, y se sabe que Martín V (1417-1431) cuando volvió a Roma, el año 1421 encontró la ciudad tan destruída que parecía un desierto.

Casas e iglesias en ruínas; barrios fangosos y abandonados, penuria extrema de todo, ninguna señal de vida ni de civilización. Martín V inició de inmediato su obra de beneficencia y reparación y por sus generosas dádivas al pueblo fué llamado padre de patria. El año siguiente, 1422, en noviembre, la ciudad fué nuevamente inundada por el Tiber, faltó el agua por dos días a la población, y muchos daños sufrieron los romanos por las grandes pérdidas causadas por la inundación.

En setiembre de 1443, el Papa Eugenio IV (1431 -1447) cuando, después de nueve años de exilio, volvió a Roma, halló la ciudad en un estado que daba lástima e inspiraba compasión, y Vespasiano, biógrafo del Papa, dice que la ciudad se había cambiado en una aldea de vaqueros y pastores en donde cerdos, bueyes y cabras pastaban por las calles.

Bajo Nicolás V (1447-1455 el año 1449, una terrible peste <sup>(1)</sup> despobló la ciudad y en el mismo año, en ocasión del jubileo, doscientos hombres amontonados sobre el puente San Angel se cayeron al río, muriendo ahogados.

En diciembre de 1495,, después de la retirada de Carlos VIII a Francia, el Tiber volvió a inundar la ciudad y media Roma quedó cubierta por las aguas, con daños inmensos y muerte de muchísimos ciudadanos.

En los tiempos de León X (1513-1521) la población aumentaba y gozaba de paz, mientras Italia estaba en guerra, de suerte que muchos italianos se refugiaron en Roma. Contribuyó a este aumento de población, sin duda, la generosidad y prodigalidad de este magnífico Pontífice que, a más de favorecer al pueblo en toda for-

(1) Al hablar de peste sin otro adjetivo debe entenderse, generalmente, cólera.



ma. impulsó las artes, las letras y toda otra manifestación de cultura; su pontificado fué toda una academia de hombres ilustres con su nombre, universalmente apreciado, nombróse el siglo XVI.

Desde Sixto IV (1471-1484) en adelante habían fijado su residencia en Roma, Eslavos y Albaneses y en tiempos de Julio II (1503-1513) se estableció en el campo de Martes una colonia lombarda y muchos otros forasteros en *Trastevere*.

El arte, la ciencia, la iglesia, la Corte, atraían a Roma mucha gente, como en los tiempos de Augusto. Francisco Vettori dice que reinando León X los habitantes de Roma aumentaron en un tercio y Giovio, los hace llegar a 85.000 antes de la catástrofe del año 1527. Pero las cifras seguras de los censos practicados bajo el mismo Papa León X fueron de 40.000 habitantes en 1513, de 60.000 en 1517 y de 65 en 1520. El año 1522, reinando Adriano VI, el último Papa no italiano (1521-1523), hubo anarquía y pestilencias terribles, y en 1523 el censo dió por resultado una población de 60.000 habitantes.

Algunos historiadores afirman que Roma, antes del saqueo del año 1527, contaba con una población de 90.000 habitantes y que bajo el reinado de Clemente VII (1523-1534) había llegado a 180.000. Ocho días duró el saqueo por obra de los alemanes y españoles y en su obra de destrucción superaron a los bárbaros de Alarico y Genserico; el día seis de mayo tomaron a Roma por asalto y 6.000 ciudadanos fueron asesinados, toda la ciudad saqueada y buena parte incendiada.

Siguió la peste, que hizo estragos matando a casi 30.000 habitantes y de 85.000 o más habitantes que tenía la ciudad, la población se redujo a 32 ó 33.000 y por si esto no bastase, Roma sufrió en octubre de 1530, una de las más grandes inundaciones del Tiber: 600 casas se derrumbaron, cuatro puentes se cayeron y, para colmo, se desarrollaron enfermedades contagiosas.

Reinando Pablo IV (1555-1559), el año 1558 la campaña romana fué arruinada por la guerra entre los imperiales y el Papa, la ciudad fué cargada por nuevos impuestos e inmediatamente después de la paz el Tiber volvió a inundarla, convirtiéndola en un la-

go, tanto que, dicen los cronistas del tiempo, por varios días se navegó por la ciudad.

Pío IV (1559-1565) y Sixto V (1585-1590) la restauraron con muchas obras de utilidad pública, y el año 1591, bajo Gregorio XIV hubo una carestía de proporciones alarmantes, tanto que una gran cantidad de gente se murió de hambre.

Dicen algunos cronistas que en Roma, desde agosto de 1590 a agosto de 1591, murieron no menos de 60.000 personas.

Bajo Clemente VIII (1592-1605), en los años 1598 y 1599, hubo otra inundación, ahogándose muchísimas personas; un censo efectuado por este Papa el año 1600 da la cifra de 109.729 habitantes.

Crecía entretanto el decoro de la ciudad por las obras de utilidad pública y de embellecimiento de los pontífices y en especial modo de Pablo V (1605-1621) y Urbano VIII (1623-1644).

Las luchas en las que se hallaban comprometidos los otros Estados de Europa, envolvieron el Estado de la Iglesia, y si alguna vez la obra intermediaria de algunos caritativos pontífices llevó la paz a varios Estados disidentes, a menudo, en cambio, los ejércitos pontificios se unían a los alemanes, a los españoles, a los franceses o a otros Estados italianos, para librar ellos también guerras ambiciosas y dinásticas.

Cesaron con el tiempo las guerras civiles en las calles de Roma y las entre ella y los países circunvecinos y se calmaron los ánimos sublevados en toda Europa por cuestiones de religión.

La población de la ciudad crecía lentamente y el censo efectuado el año 1656 bajo el pontificado de Alejandro VII (1655-1667) arrojó la cifra de 120.596 habitantes, y cincuenta años más tarde, o sea en 1700, otro censo asignaba a la ciudad 149.447 habitantes.

Por los datos que hemos anotado, resulta que no se practicó el censo, desde el emperador Tiberio (42 a. J. C. 37 d. J. C.) pasando por todo el Medio evo hasta los primeros dos siglos de la época moderna en que se verificó a intervalos más o menos largos y siempre en forma irregular hasta el año 1700, exceptuados los años 1513 y 1523, durante los reinados de León X y Adriano VI en cuyo espacio de diez años se verificaron cuatro censos.

La parte habitada de la Ciudad Eterna, al finalizar el pontificado de Inocencio XII (1691-1700), era más o menos la misma que tenía después del 1870. El gran historiador de los Papas, Ludovico Von Pastor, dice que "la población de la ciudad que en 1691 era, sin contar los hebreos, 131.639, había disminuído un tanto en los años siguientes, pero volvió a aumentar desde el año 1697 y en 1699 era de 135.089 habitantes, contando 42 obispos, 2687 presbíteros, 3650 religiosos y 1947 monjas. El aumento verificado en 1700 fué simplemente pasajero, debido al año jubilar, con el cual, la actividad religiosa de Inocencio XII obtuvo una bella conclusión".

Y en gran número, peregrinos y otros extranjeros llegaban a Roma también en los años comunes.

Reinando Clemente XI (1700-1721), se efectuaron varios censos; el primero en 1702, que asigna a Roma 138.568 habitantes, notándose una disminución de 10.879 ciudadanos, en el lapso de dos años, en relación al anterior del 1700 que le asignaba 149.447. Una tal disminución que no está justificada por ningún acontecimiento u otra causa relevante, solamente puede explicarse con aquel aumento pasajero, citado por Pastor, del censo del 1700, por causa del año jubilar. El año 1703 se inició con una gran inundación y a mitad de enero hubo un fuerte terremoto que se repitió tres días seguidos.

En 1705, el censo dió la cifra de 132.104, y esta disminución de 6.464 habitantes en tres años se explica con los acontecimientos citados, inundación y terremoto del año 1703.

Esta población se mantuvo inalterada hasta el año 1710, pues el censo de este año dió la cifra de 132.070 habitantes. En los cinco años sucesivos, la población aumenta nuevamente, de manera que el censo del 1715 da la cifra de 146.287 ciudadanos, y esta fué la primera publicación oficial de los censos de la ciudad.

El último censo efectuado bajo el reinado de Clemente XI fué del año 1720, asignando a la ciudad 133.832 habitantes, con una nueva disminución en relación al anterior de 12.455 ciudadanos.

Como se ve, una oscilación notable se ha verificado a menudo

en el movimiento de la población de Roma, y de la cual no siempre se puede dar las razones exactas para establecer las causas.

Por muchos años, ahora, se suceden los censos oficiales desde el 1715 en adelante; todos los otros censos precedentes hasta el 1600 no eran oficialmente publicados. En todos estos censos no hay distinción entre población de hecho y población de derecho, y no se puede, entonces, creer que hayan sido comprendidos los ausentes, ni excluidos los forasteros residentes, máxime por causa de milicia; de ahí talvez procede el ver a veces crecer la cifra de la población mientras los muertos superan los nacimientos.

Después del 1720 se efectuaron los siguientes censos, bajo el pontificado de Benedicto XIII (1724-1730): en 1725 con el resultado de 148.155 habitantes; en 1730, con 145.494; reinando Clemente XII (1730-1740), en 1735, con 150.665; y en 1740, con 145.580 ciudadanos.

Bajo los dos pontífices mencionados la población osciló alrededor del mismo número. En 1745, reinando Benedicto XIV (1740-1758), se registraron 149.396 ciudadanos, en 1750 hubo 157.882, y en 1755, último censo efectuado bajo este pontificado, se anotaron 153.912.

Bajo Clemente XIII (1758-1769), el censo del 1760 dió una población de 155.124 y el del 1765 anotó 158.095 ciudadanos, y bajo el pontífice Clemente XIV (1769-1774) se verificó el censo el año 1770 con un resultado de 158.443 habitantes; estamos ahora en un período de constante aumento.

Bajo el largo pontificado de Pío VI (1775-1799), la cifra de los habitantes de la *Urbs* subió todavía, pero en los últimos años de su reino tempestuoso volvió a bajar, como puede observarse en el cuadro siguiente: su primer censo del 1775 fué de 165.047, en 1780 dió 163.423, el del 1785 bajó a 162.450 habitantes, en 1785 subió a 165.441 en sólo dos años, en 1790 volvió a bajar a 162.982, y en 1794 llegó a 166.948 habitantes; al año siguiente, 1795, hubo 164.586, volvió a subir en 1796 a 166.417, y empezó después a bajar siempre tanto que dos años después, en 1798, se anotaron 151.657 habitantes y en 1799, 147.026 habitantes; y este fué el último censo de su atormentado reino.

Entretanto, la revolución francesa convulsionaba la Europa entera; no hubo Estado del antiguo continente que no participase del movimiento pagando su tributo de sangre, e Italia, por su posición geográfica, por sus relaciones religiosas y políticas con los demás Estados, y muy especialmente con Francia, fué uno de los países que más participó de esta conmoción general, pagando también en proporciones mayores su tributo de sangre y de dinero.

Desde Gibraltar a Moscú y desde las orillas del mar del Norte a las del Mediterráneo, en cuantos países están comprendidos en estos límites, y hasta en Africa, sembró la muerte la generosa sangre de Italia.

Disminuyen, por consiguiente, las cifras de los censos bajo Pío VII (1800-1823) hasta el año 1815 como puede observarse en las cifras siguientes: en 1800 la población de Roma era de 153.004 habitantes, en febrero de 1804 la ciudad fué inundada por el Tiber, y en 1805 la población bajó a 134.973 habitantes, después de las guerras borrascosas de Italia y las primeras del imperio; en 1809 subió a 136.268; en 1810, con el declinar del imperio y principiando los desastres, bajó a 123.023 y en 1813 a 117.882 habitantes, y esta fué la máxima disminución a la que nunca se llegó más en lo sucesivo.

En 1814 la población subió a 120.505, en 1815 a 128.384 y en 1816, el censo ordenado expresamente por Pío VII, dió la cifra de 128.997 habitantes; el censo del siguiente año 1817 anotó 131 356 ciudadanos que el año 1818 se elevaron a 133.812, y la población continuó siempre en aumento a causa de la larga paz que reinó en Europa. Y así, en 1819 llegó a 134.161, en 1820 a 135.046, en 1821 a 135.071, en 1822 a 136.085, en 1823, bajo León XII (1823-1829), a 136.269, y en 1825 a 138.730 habitantes.

Reinando Pío VIII (1829-1830), en 1830 subió a 147.283, y en 1831 a 150.666. Ordenado el censo por Gregorio XVI (1831-1846), en 1833 se anotan 149.820 habitantes, y en 1835 llegaron a 152.457.

Durante el terrible cólera de 1837 murieron en Roma 16.000 personas y el censo del año siguiente, 1838, anotó 148.913 individuos; en 1839 subieron a 153.720, en 1840 a 154.632, en 1841 a

158.868, en 1842 a 160.589 y en 1843 a 162.406; los censos de los años 1844 y 1845 dieron, respectivamente, 166.611 y 167.170, mientras que el efectuado el año 1846 anotó la cifra de 170.199 habitantes.

El primer censo ordenado por Pío IX (1846-1878) en 1847 dió la cifra de 175.883 habitantes y en 1848 anotó 179.006; durante los años 1849, 1850 la población decrece un poco a causa de los movimientos liberales y de las guerras de la independencia italiana, en las que todas las provincias, en mayor o menor proporción, tomaron parte, pagando su tributo de sangre. Después del 1850 empieza a aumentar nuevamente la población en forma continua y progresiva, menos el año 1855 que da 177.461 habitantes, mientras que el 1854 da la cifra de 178.032, no obstante las repetidas apariciones del cólera.

Anoto seguidamente un cuadro de todos los censos que se efectuaron desde el año 1849 al 1870, época de la reunión de Roma a Italia, y del primer censo italiano efectuado bajo Víctor Manuel II, en 1871:

Censo del año	1849	con	176.744	habitantes
” ” ”	1850	”	170.824	”
” ” ”	1851	”	172.382	”
” ” ”	1852	”	175.838	”
” ” ”	1853	”	177.014	”
” ” ”	1854	”	178.032	”
” ” ”	1855	”	177.461	”
” ” ”	1856	”	178.798	”
” ” ”	1857	”	179.952	”
” ” ”	1858	”	180.339	”
” ” ”	1859	”	182.585	”
” ” ”	1860	”	184.049	”
” ” ”	1861	”	194.587	”
” ” ”	1862	”	197.078	”
” ” ”	1863	”	201.161	”
” ” ”	1864	”	203.896	”
” ” ”	1865	”	207.338	”



Censo del año	1866	con	210.701	habitantes
”	”	”	1867	” 215.573
”	”	”	1868	” 217.378
”	”	”	1869	” 220.532
”	”	”	1870	” 226.022
”	”	”	1871	” 244.484

La población de Roma ha tenido en los últimos setenta años aumentos casi fabulosos, al punto de sextuplicarse. Quien quiciése tener en cuenta las cifras del número de sus habitantes extraídas de las noticias de los escritores de las varias épocas o calculadas aproximadamente sobre los datos ofrecidos por ellos, podría reconstruir la historia de la ciudad y decir cuáles fueron los períodos de mayor decadencia o de más alta prosperidad. Por otra parte, es cierto que en los momentos de la más viva magnificencia y de más densa población corresponden los proyectos más grandiosos de trabajos de mejoramiento y utilidad pública.

Las causas de ese admirable aumento de población deben buscarse, en buena parte, en el traslado de la capital de Italia, de Florencia a Roma, con el consiguiente traslado de un sin número de oficinas, y empleados relacionados con aquélla, a más de las frecuentes inmigraciones de una infinidad de personas que llegaban de todas las provincias para radicarse en la nueva Capital, ya que la cifra de los fallecimientos y de los nacimientos no conservan relación suficiente como para explicar las enormes diferencias entre un censo y otro.

El censo de Roma presentaba estas cifras:

Año	1872,	con	244.984	habitantes
”	1882,	”	300.327	”
”	1892	”	369.128	”

El aumento efectuado de 1872 a 1881 es de 55.343 habitantes, y de 1882 al 1891 de 68.801.

En 1895 la población de Roma se estima en 386.991 habitantes, en 1897, 410.067, y en 1899, 419.219; de manera que el aumen-

to efectivo en el período de ocho años (1892-1899) es de 50.090 habitantes. Hago notar que después de la unidad de Italia sólo hubo tres censos oficiales, practicados en el Reino al finalizar el siglo XIX: 1861, 1871 y 1881. Luego, para la ciudad de Roma son oficiales los de 1871 y 1881; los demás, comprendidos entre los años 1881 y 1901, han sido recabados de los datos suministrados por la oficina del movimiento demográfico de la ciudad y publicados aquí y allá en distintos diarios o revistas, de donde los he sacado; ellos, por lo tanto, pueden adolecer de errores o adulteraciones y tan sólo los he anotado por razones de cronología.

El cuarto censo oficial del reino de Italia se efectuó la noche del 9 al 10 de febrero de 1901 y asignó a Roma la población de 462.783 habitantes, de manera que el aumento habido entre el tercer censo oficial de 1881, que asignaba a Roma una población de 300.327 habitantes, y el cuarto de 1901 es de 162.556 habitantes.

Siempre sirviéndonos de los datos suministrados por la oficina del movimiento demográfico de la ciudad de Roma y recabados de las revistas que los han publicado, hallo que el año 1904 Roma contaba con una población de 469.600, el 1905 con 475.070 y el 1906 con 484.120. De 1906 a 1911 no he conseguido noticias sobre la población de la ciudad. El 10 de junio de 1911 se efectuó el quinto censo oficial del Reino y a Roma le tocó la cifra de 538.634 habitantes, con un aumento de 75.851 habitantes sobre el censo anterior.

El año 1913 se le asignan 562.247 habitantes; el 1919, 620.000; y el 1920, 636.800.

Con el censo del año 1921 se asigna a Roma una población de 650.227, con un aumento de 111.593 habitantes sobre el censo anterior.

En el año 1922 se le atribuyen 665.000, el 1923 se le asignan 686.260, el año siguiente 699.800, el 1925 se le da una población de 715.353 habitantes, el 1926 se le asignan 736.121, el año siguiente 768.000, el 1928 se le dan 818.280, el 1929 se le atribuyen 877.289, y el año 1930 se le anota una población de 937.240 habitantes.

El aumento enorme verificado durante este último quinquenio

es debido a la unión de varios pequeños municipios autónomos de los alrededores de la ciudad que por ley o decreto especial se incorporaron al municipio de Roma.

Los censos generales de la población del reino de Italia debían efectuarse, por ley, cada diez años. Se verificaron, en efecto, en 1861, en 1871, en 1881, en 1901, en 1911, en 1921 y en 1931; el del 1891 no se efectuó por razones de economía.

La ley que decretó el VII censo (1931) estableció también que los censos, desde entonces en adelante, debían efectuarse cada cinco años, al 21 de abril, día de la fundación de Roma, y, por lo tanto, el VII censo general se verificó el 21 de abril de 1931.

La población general del reino anotada a la media noche del 20 al 21 de abril resultó de 41.145.041 y como la anotada en el censo del 1921, dió la cifra general de 38.724.798, resultando que se tuvo un aumento de 2.420.243 habitantes. El incremento anual del decenio fué de 6,7 por cada 1.000 habitantes, porcentual que coincide con las confrontadas en los dos decenios precedentes, que fueron del 6,8 por mil por cada año del período 1911-1921, y del 6,5 por mil del período 1901-1911.

En el censo de 1931 se registra para Roma la cifra de 999.964 habitantes, con el aumento considerable de 349.737 habitantes sobre la población del censo anterior del 1921 y el aumento es perfectamente explicable si al incremento normal y progresivo de la población se añade el siempre creciente progreso de la ciudad y el agregado, como lo tengo dicho antes, de las poblaciones de varios municipios y aldeas que ingresaron a formar parte de la comuna de Roma.

Para los años correspondientes al período 1932-1940, me sirvo del mismo recurso, o sea, de las noticias comunicadas a los órganos de publicidad por la oficina del movimiento demográfico: en 1932, 1.030.011; en 1933, 1.061.122; en 1934, 1.096.344; en 1935, 1.127.141; en 1936, 1.161.022; en 1937, 1.198.457; en 1938, 1.250.121; en 1939, 1.284.698; y en 1940, 1.364.500 habitantes.

El 21 de abril de este año habría debido procederse al octavo censo general, pero no tengo noticias al respecto, ni creo que se haya efectuado por la guerra en que se halla envuelta Italia.

Llegado al término de mi trabajo, que no pretendo sea perfecto, ni exento de errores, debo manifestar que no tiene otro objeto que el que debe atribuirse a una modesta contribución al estudio de la maravillosa historia de Roma.

El movimiento demográfico de la ciudad está en perfecta relación con la historia de la misma, y si la vida política, social y económica de Roma estuvo continuamente agitada durante su más que bimilenaria existencia, por facciones, luchas éviles, guerras, sublevaciones populares, invasiones bárbaras, inundaciones, carestías y pestilencias, no menos lo estuvo el movimiento de su población ora en aumento, ora en disminución, por las mismas causas.

La ciudad que, hace dos mil seiscientos noventa y cinco años, naciera a orillas del Tiber, con una población compuesta de algunos centenares de bandidos y facinerosos, según la fábula de su fundación, o con la población presuntiva de 8.000 habitantes, calculando 500 habitantes por hectárea en las 16 que comprendían el perímetro de la ciudad cuadrada de Rómulo, encierra hoy, en su municipio, casi un millón y medio de ciudadanos. A través de su movimiento demográfico hallamos que el máximo de su población lo tuvo en los tiempos del emperador Octavio Augusto que, como él mismo dejó dicho, la encontró de ladrillos y la dejaba riquísima en edificios y monumentos de mármol, contando entonces con una población de un millón de habitantes, enorme en relación a la población total del imperio. No es creíble, sin embargo, que Roma, reinando Tiberio Druso Claudio, haya contado con cinco millones de habitantes, como pretenden algunos; esto sería sencillamente enorme y talvez la cifra se refiere únicamente a los que gozaban de la ciudadanía romana y desparramados por todo el vasto imperio; Tácito mismo, Eusebio, Nibby, así nos hacen creer, cuando nos dicen que reinando Claudio (41-54 d. J. C.) el número de los ciudadanos romanos aumentó de 4.000.000, que eran bajo el reinado de Augusto, a 7.000.000, refiriéndose siempre a los ciudadanos romanos desparramados por el imperio, debiéndose el aumento de 3.000.0000 exclusivamente a la liberación de esclavos, y nunca a la población absoluta de la ciudad.

Sin embargo, si Roma tuvo ese período brillante de aumento

de población, tuvo también un momento de decadencia tal que bajó su población a la ínfima cifra de 17.000 habitantes. Esta se habría verificado bajo el pontificado de Gregorio XI (1370-1378). La sede papal entonces estaba en Aviñon y fué precisamente este Pontífice, Royer de Beaufort, quien la devolvió a Roma el año 1377.

Que Roma haya bajado en su población hasta el número de 17.000 ciudadanos es admisible y varios historiadores lo afirman, pero eso debe haberse verificado unos años antes del retorno de la Santa Sede y más precisamente bajo el gobierno del tribuno Cola di Rienzo, el año 1348.

Un pueblo como era el romano, en su apogeo de gloria, de progreso, de riqueza y de lujo, justificaba, sin duda, el exceso de población con sus grandes balnearios (termas), acueductos, sistemas de cloacas y, sobre todo, con su magnífico y grandioso teatro Máximo, capaz de contener medio millón de espectadores. Este circo, fundado el II siglo de Roma por Tarquino el Viejo, fué más tarde ensanchado considerablemente. La historia de este circo está íntimamente ligada a la historia de Roma y en tiempos de Constantino el Grande se le consideraba, a la par de la eterna Roma, como el resultado de una vida y de un desenvolvimiento de casi mil años. Basta recordar que este circo, en los últimos años del imperio, según los estudios de Jordán, medía 640 metros de largo y 190 de ancho.

Ni menos célebre y vasto era el Coliseo que, todavía hoy, con sus ruinas, excita estupor y admiración en quien lo visita. Este famoso teatro se empezó a construir bajo el emperador Vespasiano y concluyóse bajo Tito.

Una profecía se relaciona a su nombre. Se dijo: "Hasta que exista el Coliseo, existirá Roma; cuando haya desaparecido el Coliseo, desaparecerá Roma; cuando haya desaparecido Roma, desaparecerá el mundo".

Roma se llamó también *Flora* en el primitivo lenguaje sacerdotal y designada con un tercer nombre conocido únicamente por los sacerdotes, y que algunos creen fuese el anagrama *Amor*; otros, como Munster, *Saturnalia*, y, según Sichel, *Angarona*, diosa simbólica del silencio. Lo cierto es que los Sacerdotes no podían pronun-

ciar este tercer nombre bajo la amenaza de los más graves castigos.

Pero su inmensa y gloriosa historia le asignó también el nombre de *Ciudad eterna*, ciudad que casi sola podría explicar los orígenes y progreso del consorcio social, y única que pudiese perpetuar y en cierto modo reflejar la historia, el derecho y la civilización. Y Roma ejercitó no se sabe si una providencial o fatal misión, como cantaba Tibulo:

“Romam tuum nomen terris fatale regendis”.

El nombre de Roma se impuso más tarde, como algo así de místico también a los bárbaros invasores, y por eso a los altivos versos del cantor de Eneás:

“Tu regere imperio populos, romane, memento!”

“Hae tibi erunt artes: pacisve imponere mores,”

“Parcere subjectis et debellare superbos”

el medio-evo, con concepto más vasto, substituyó el lema: *Roma caput mundi, regit orbis fraena rotundi*.

Y el antiguo romanismo perpetuándose y transformándose en el cristianismo, siguió dando a la Italia una nueva influencia y una preponderancia cosmopolita.

Dante llama a Cristo con el nombre de Júpiter y explica las místicas fábulas antiguas con igual interés que los prodigios bíblicos. La idea de Roma era, para el divino poeta, tan grande que el Paraíso bienaventurado es para él aquella *Roma onde Cristo è romano*.

Pintoresea y digna del pincel de Poussin es la colina del Palatino sobre la que surgió la primitiva ciudad cuadrada de Rómulo.

Construcciones *in opus quadratum* a las que se sobrepusieron otras por épocas y materiales diversas; aquí y allá aparece la roca árida de la colina en su característico color gris amarillento entre una espesa y oscura vegetación que evoca los recuerdos de las descripciones virgilianas; arriba, la terraza de los jardines farnesianos.

¿Quién no recuerda aquí al héroe argivo, a Hércules, huésped de Evandro? Al prófugo Enéas, acogido graciosamente por el rey Arcades en la pequeña y solitaria ciudad que se dice existiese antes de Roma sobre la colina sagrada? Los antiguos asignaban a Evandro el mérito de haber llevado al Lacio el uso de la escritura

y de haber instruído a aquellos rústicos habitantes en el arte de la música y de la agricultura; a él se hacía remontar el origen del culto de Ceres, de Neptuno Conso, de Pane Liceo o Fauno Inus, de Héreules; y él, benemérito de la civilización, era venerado como un dios tutelar, y a él y a su madre Carmenta, Roma clásica, tribufaba culto como a los genios tutelares que la solitaria colina habían preparado y casi consagrado como símbolo de los futuros destinos de la ciudad eterna.

Y en la leyenda virgiliana, su hijo Palante encuentra una trágica muerte por mano de Turno en la lucha que éste sostuvo con Enéas por la bella Lavinia (Aen. VIII, X, XI).

De una descendiente de la estirpe de Enéas, hijo del furtivo abrazo de un dios, de Marte, nacerán Rómulo y Remo, que volverán a habitar la sede del mítico aliado del abuelo materno.

Las predicciones de Carmenta se realizarán, los destinos de Roma van hacia su cumplimiento, y la fábula altamente bella y poética toma casi consistencia de historia.

Estos son los pensamientos, estas, las evocaciones que acompañan al visitante al abandonar la colina que vió surgir las primeras y toscas chozas de la aldea que debía más tarde convertirse en *Roma*; de la ciudad eterna que elevada en la mentalidad político-religiosa de la época imperial a divino fastigio, debía recibir honor de culto, tributo de víctimas y de incienso de centenares de estirpes que vivían contentas de la paz y de la civilización que a ellas aseguraba la *Urbs*, la Diosa dominadora; la *sacra romana Pax* del viejo Plinio.

Salve, oh Roma eterna!

“..... la dea

Roma qui dorme.

Poggiata il capo al Palatino augusto,  
tra'l Celio aperte e l'Aventin le braccia,  
per la Capena i forti omeri stende  
a l'Appia via.”

(G. Carducci: Di fronte alle terme de Caracalla)